

---

# LOS INTELECTUALES Y LA HISTORIA

**Fernando Claudín**

---

*análisis y debate*

---



**3**

Ante todo quiero expresar mi opinión sobre el Congreso de Valencia de 1937. Yo no participé en él, era muy joven, no era un intelectual —sólo un estudiante de arquitectura al que la guerra civil había cortado la posibilidad de seguir los estudios— y mis tareas como dirigente de la JSU eran otras. Creo que aquel congreso debe verse, por encima de cualquier otra consideración política o ideológica, como un gran acto de solidaridad con nuestra lucha contra el fascismo. Es cierto que hubo determinada utilización del mismo por nosotros, los comunistas, y en especial por los soviéticos. Pero hay que reconocer también que en gran parte la responsabilidad de ello, como de otras manipulaciones análogas, corresponde a la actitud de las democracias europeas que se negaron a darnos la ayuda que política y moralmente estaban obligadas a proporcionarnos. Ello dejó el campo libre al único aliado efectivo que tuvo la República: la Unión Soviética.

Dicho esto quiero referirme a dos grandes mitos del siglo XX —hay otros— particularmente vigentes cuando se celebró, hace cincuenta años, aquel congreso de intelectuales: el mito de la revolución proletaria o socialista, como acto fundador de una nueva sociedad sin clases, sin opresión, sin explotación del hombre por el hombre; y el mito del intelectual como conciencia lúcida del cambio radical, comprometido fielmente con el sujeto histórico de esa revolución, la clase obrera.

No hay nada tan peligroso para los mitos como el que se presente la oportunidad de su realización práctica, el que puedan ser vividos como realidad, tocados, palpados. El próximo noviembre se cumplirán setenta años del comienzo de ese *test* histórico. Entonces, un grupo de intelectuales declaró que tenía las claves de la historia, y por ende de la revolución, considerada condición ineluctable del avance de la historia; declaró que la clase obrera era *el* sujeto revolucionario, pero que ellos eran los representantes de ese sujeto, independientemente de lo que éste pensara al respecto, puesto que por sí mismo, sin la luz del intelectual marxista, el proletariado no podía llegar a la comprensión de sus intereses históricos y sólo era capaz de moverse por sus prosaicos intereses inmediatos.

A estos intelectuales, que llevaron la lógica del *compromiso* hasta sus últimas consecuencias, organizándose en férreo partido para poder cumplirlo, les acompañaron muchos otros, que sin decidirse a dar ese paso militante, e incluso sin compartir la concepción ideológica de los primeros, consideraron que su obligación moral era secundarles en tan gran empresa de liberación humana. Toda la historia posterior del compromiso intelectual está profundamente marcada por aquel origen fundacional.

Aprovechando una coyuntura favorable, la catastrófica crisis del zarismo —no determinada por ellos, aunque aportaran su grano de arena—, aquel grupo de brillantes intelectuales rusos pudo alzarse con el poder y poner en práctica su compromiso con la historia y con el sujeto de la revolución cuya representación se habían apropiado. A un historiador socialista que interpeló a Lenin diciéndole: actuáis en contradicción con vuestra propia teoría, según la cual para la revolución socialista es necesario determinado nivel de desarrollo capitalista, de desarrollo sociológico, político y cultural de la clase obrera, nada de lo cual existe aquí, Lenin le respondió: cierto, pero si se nos ha presentado la oportunidad de tomar el poder, ahora, con la palanca del poder, crearemos esas condiciones. Y, en efecto, utilizando al máximo la palanca del poder, es decir, instaurando una dictadura total sobre la sociedad, pusieron manos a la obra. Fue entonces cuando el gran mito comenzó a aparecer como tal y comenzó también a desvanecerse. Sobre todo en los países donde el movimiento obrero llegaba a la mayoría de edad y se convertía en un factor fundamental de la vida social y política. Pero al mismo tiempo ese tipo de revolución inició un largo camino en las zonas del mundo que presentaban características análogas a las del imperio zarista, lo cual indica, a mi juicio, que existían profundas razones objetivas para que así sucediera. El mito de la revolución, al que me vengo refiriendo, no tiene nada que ver con tales razones ni con determinadas tareas históricas que esas revoluciones han llevado a cabo. El mito reside en considerarlas socialistas, creadoras de una nueva sociedad sin opresiones, injusticias y desigualdades. Y a él va unido el mito del intelectual como mentor de la clase obrera.

En España mi generación, la de los que teníamos entre quince y treinta años al iniciarse la guerra civil, la que entró en la vida histórica con la caída de la Mo-

narquía y la instauración de la República, con el comienzo de la revolución española que culminaría en la guerra civil, se formó plenamente bajo el imperio del gran mito: la revolución rusa era la primera revolución socialista de la historia. Fuimos la generación del marxismo-leninismo, la que adoptó como modelo para la revolución española el camino de Octubre. Creo que ninguna generación fue tan incondicionalmente prosoviética como la nuestra. Las anteriores también experimentaron la seducción del mito, pero esa seducción estaba refrenada por otros valores culturales ya consolidados, y ello explica que los más representativos intelectuales de esas generaciones comenzaran muy pronto a adoptar posiciones críticas respecto a la realidad soviética. Es la historia de no pocos de los que participaron en el Congreso de intelectuales de 1937. Las generaciones posteriores —aunque la victoria antifascista en la segunda guerra mundial revitalizó el mito soviético— encontraron pronto en su camino las dramáticas denuncias de Jruschev, que actuaron también de revulsivo para muchos comunistas de mi generación. Ciertamente es que las nuevas revoluciones del Tercer Mundo, en especial la china y la cubana, infundieron nueva vida al mito de la revolución socialista en Occidente entre jóvenes de las nuevas generaciones europeas, pero ya no era lo mismo. El gran modelo clásico había perdido su poder de fascinación. Los húngaros, los checoslovacos, los polacos, se rebelaban contra la nueva forma de opresión social y nacional. Sajarov se convertía en un símbolo de la aspiración irrenunciable a la libertad. Y ahora los economistas y sociólogos soviéticos, el mismo Gorbachov, nos describen un cuadro del sistema nacido de Octubre en el que junto con lo ya sabido —la falta de libertad— aparecen la ineficacia económica, las desigualdades sociales, la corrupción, los antagonismos entre las élites dominantes y la sociedad, el poder asfixiante de un Partido-Estado que monopoliza economía, política e ideología. La *perestroika* —que ojalá se abra paso, y en la medida de lo posible debemos contribuir a su éxito— es al mismo tiempo el definitivo certificado de defunción del gran mito.

Este hundimiento de lo que fue fundamento del compromiso del intelectual durante décadas no significa que debemos caer en la desesperanza, la indiferencia, el repliegue en lo privado o el refugio en gestos éticos o estéticos. Pero sí nos dicta la imperiosa obligación de extraer algunas lecciones de la historia. En primer lugar, una lección de humildad. No somos tan importantes ni tan clarividentes como pudimos creer en el pasado. En segundo lugar, la constatación banal de que el mundo actual es muy diferente de aquél en que se forjó históricamente la noción de compromiso del intelectual; es, sobre todo, mucho más complejo, transformado muy profundamente no sólo por las revoluciones político-sociales del siglo y sus imprevistos resultados —tan opuestos, a veces, a los ideales de liberación que proclamaban— sino por las revoluciones científicas y tecnológicas, por las revoluciones de las costumbres y los valores. Y si los grandes intelectuales de antaño se equivocaron en cuestiones cardinales a la hora de prever el desarrollo histórico y el papel de sus protagonistas, hoy corremos el mismo riesgo y tal vez más fácilmente.

En realidad vivimos una época de vertiginosa transición, en la que van entrando en crisis estructuras económicas, sistemas políticos o formas de hacer política, relaciones internacionales, tipos de organización del trabajo y de la producción, los mismos fundamentos tecnológicos y científicos de las relaciones humanas. Pero aún no se perciben con suficiente claridad los contornos de lo que está naciendo. De ahí la dificultad de teorizar nuevos paradigmas. Sin embargo, hay compromisos insoslayables para el intelectual: la crítica de todas las formas modernas de injusticia, de abusos del poder, de atentados a la libertad. Ahora

bien, teniendo presente que esa lección de humildad proporcionada por la historia debe traducirse en una exigencia de mayor rigor. Debemos huir de la crítica fácil tras la que suele esconderse la ignorancia de aquello sobre lo que se habla. La complejización del mundo actual hace más difícil el juicio fundamentado sobre multitud de aspectos económicos, políticos, militares, internacionales, y muchos otros, lo cual no debe llevar a abandonar el campo a los especialistas, pero sí a un mayor esfuerzo de conocimiento y a una mayor prudencia.

En el marco de esa dificultad tiene particular importancia la relación entre intelectuales y políticos. Unos y otros nos encontramos bajo la agobiante presión de las grandes incertidumbres que caracterizan a este fin de siglo y la evidencia de que las anteriores construcciones ideológicas no nos sirven ya para despejarlas. Pero los políticos no tienen más remedio que actuar como tales —pueden, evidentemente, tirar la toalla, pero otros les sustituirán y el problema seguirá siendo el mismo— procediendo, como se dice, de modo pragmático, por mucho que se esfuerzen, y algunos se esfuerzan, en proyectar su política en el corto plazo hacia una perspectiva de medio o largo plazo. Esfuerzo loable, pero en medio de la crisis actual y de sus incertidumbres futuras no deja de ser problemático. Por su parte los intelectuales, con análoga dificultad para atisbar el futuro, pero sin responsabilidades directas de poder, se consuelan jugando al pim-pam-pum con los políticos, que a su vez reaccionan acusando a los intelectuales, o a los medios de comunicación que les sirven de tribuna, de irresponsabilidad y demagogia. Es una guerrilla recíproca que nos ayuda poco a reducir las incertidumbres y encontrar soluciones. Sería muy conveniente para todos reemplazar la guerrilla por una colaboración crítica, sobre todo si en el poder está la izquierda, incluso si se piensa que debería estar más a la izquierda. Cuestión en sí misma difícil de dilucidar porque implica la también difícil cuestión de qué es izquierda en el mundo actual: ¿el discurso y la práctica que reproduce los tópicos anteriores o una nueva respuesta, a veces impopular, a los nuevos problemas? En todo caso, la necesidad de una nueva relación entre políticos e intelectuales parece algo muy aconsejable. Si no lo logramos estamos expuestos, concretamente en nuestro caso —en el caso español—, a que los viejos demonios, que tanto contribuyeron al fracaso de la experiencia republicana de los años treinta, resuciten y pongan en peligro esta democracia, que con todas sus imperfecciones es el único camino para avanzar hacia un futuro mejor. Si alguna lección se desprende de los cincuenta años transcurridos desde el Congreso de Valencia y, más completamente, desde los setenta años que nos separan de la revolución rusa, es que la democracia política es condición necesaria, aunque no suficiente, para la resolución de los actuales problemas de la humanidad.

---

Intervención en el «Congreso Internacional de Intelectuales y Artistas». Valencia, 15-20 de junio de 1987.

---